

Pastoral para el Reino, pastoral de conversión feminista

SILVIA MARTÍNEZ CANO | JOSÉ MARÍA PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL

Matrimonio de comunidades laicales maristas.

Profesores en el Instituto Pastoral de Madrid (ambos) y en Universidad de Comillas y Centro Universitario Cardenal Cisneros de Alcalá de Henares (respectivamente).

Síntesis del artículo

Los autores presentan las preguntas y oportunidades que ofrece el feminismo a la pastoral juvenil y a la vivencia del Evangelio. Explican y desarrollan algunas ideas del número 103 de *Evangelii gaudium*. ¿Qué aporta la mujer "con su sensibilidad, su intuición y sus capacidades peculiares y esa especial atención femenina hacia los otros" a la pastoral juvenil? ¿Cómo "ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia" y en la pastoral juvenil? ¿Cómo convertirnos juntos, hombres y mujeres, a los valores del Reino de Dios?

#PALABRAS CLAVE: Mujer, feminismo, Iglesia, pastoral juvenil, conversión.

Abstract

The authors present the questions and opportunities offered by feminism to youth ministry and the experience of the Gospel. They explain and develop some ideas from number 103 of *Evangelii gaudium*. What does a woman contribute «with her sensitivity, her intuition and other distinctive skills and the special concern which women show to others» to the youth ministry? How to «create still broader opportunities for a more incisive female presence in the Church « and in youth ministry? How to repent together, men and women, to the values of the Kingdom of God?

#KEYWORDS: Women, feminism, Church, youth ministry, conversión.

“Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente” (*Evangelii Gaudium*, 104).

Muchas personas creemos que las huelgas y manifestaciones del 8 de marzo han significado un toque de atención muy importante para la sociedad española. Las movilizaciones de estos dos últimos años han ayudado a poner en primer plano el tema de la igualdad de género. Por ello, es totalmente normal

que la Iglesia también se sienta aludida por esta llamada y tome conciencia de que esta inquietud por la igualdad es profundamente cristiana. Como señala el papa Francisco, todos estamos llamados a recibir la pregunta con honestidad y con alegría, incluida, claro está, la pastoral juvenil.

1 Aceptar la pregunta

“No hay que dar nada por obvio. La realidad es que no partimos de un sistema igualitario y hay que hacer acuerdos” (María Isabel, 31 años)

1.1 Tres posibles reacciones

Puede ser que el primer paso sea, en efecto, aceptar la pregunta, porque hay reacciones que nos pueden impedir, personal o comunitariamente, siquiera escucharla. Al aceptar la pregunta sobre el feminismo cristiano podemos encontrar tres reacciones:

a) *La primera reacción es, al sentirse atacado por la pregunta, negar su pertinencia y descalificarla, a veces incluso con palabras insultantes o de desprecio: “son unas locas”, “son unas radicales”, “es que odian a los hombres...”* Esta posición muestra una inseguridad con la propia identidad personal y una falta de empatía y caridad cristiana que no son asumibles por una comunidad cristiana sana, madura y sencilla. Claro que puede haber de todo en un movimiento tan amplio. Que existan excesos o posiciones debatibles, no invalida el movimiento ecologista de cuidado de la creación, como nos recuerda *Laudato si’*. De igual manera, tampoco la pregunta por la igualdad se puede rechazar de esa manera.

b) *La segunda reacción puede ser obviarla porque “solo es una moda”.* Es cierto que, al haber tomado especial relevancia, parezca que solo es una cuestión temporal, una ola de los medios de comunicación que, en el fondo, es intrascendente y que no tiene profundidad suficiente para modificar nada de nuestros procesos pastorales. Pero no es así: que estemos viviendo un tiempo de moda y expresión de los feminismos y que hayan tomado relevancia social no invalida nada de lo que denuncian y reivindican, aunque se lleven eslóganes en camisetas. También llevamos mensajes sobre el reciclaje y reutilización de plásticos en la ropa y no por ello

quedan invalidados. La iglesia es docente y, a la vez, es discente, es decir, está en camino de escucha del Espíritu, que, en el mundo y la cultura, nos impulsa hacia el Reino. Este “estar atentos a los signos de los tiempos” debe ser parte de nuestro ser cristiano, lo que implica discernir lo accesorio (que seguro habrá), de lo central. Hoy reflexionar sobre esta cuestión es un discernimiento requerido, que no podemos obviar, como señala el Papa Francisco. Nadie puede quedar al margen de las relaciones entre hombres y mujeres, por eso, al discernir, no podemos evitar la pregunta, aunque nos incomode. Tampoco evitamos la pregunta sobre el consumo en los países de occidente, aunque afecte a nuestro excesivo consumo diario.

c) *La tercera es responder la pregunta sin escucharla, porque parto de un análisis de la realidad erróneo.* Desde la ignorancia, me quiero situar en un espacio neutro que simplemente no existe. Como hemos oído mil veces, “ni machista ni feminista, yo quiero la igualdad”. Exactamente eso es el feminismo, ese es el objetivo feminista. La dualidad, de existir, sería entre *machismo* (se espera del ser varón que ocupe en exclusiva el espacio de poder y decisión) y *hembrismo* (se espera del ser femenina que ocupe en exclusiva el espacio de poder y decisión). Pero eso no es el feminismo. El feminismo es el movimiento social que busca lograr que el género no me deje fuera de lo que siento, debo y quiero hacer y vivir a lo largo de mi existencia. ¿Quieres ser igualitario de verdad? Eres feminista. Que algunas corrientes políticas manejen el término con mucha más fuerza que otras no debe impedir ver la necesidad y la justicia del movimiento. Que el movimiento animalista se declare ecológico no implica que todos los que queremos ser ecológicos estemos de acuerdo con ellos. De otra forma, si hubiéramos rechazado un movimiento social por casos concretos, nunca hubié-

ramos dejado atrás la esclavitud, las mujeres no votábamos, ni habría libertad de culto religioso en nuestras sociedades.

1.2 Razones de un nombre

¿Por qué el nombre de feminismo? Porque venimos, evidentemente, de sociedades patriarcales (no hace ni cien años del primer voto femenino en España –con 40 años en medio sin democracia), por lo que lo mínimo es asumir la causa de la menospreciada. El problema no es solo personal, ni siquiera es solo de las mujeres. Es caer en la cuenta de un sistema no igualitario, en el que todos estamos implicados y del que, en la medida en que nos toca, somos responsables, hombres y mujeres. Por ello, también somos responsables de transformarlo, desde el Evangelio, para que en el futuro los comportamientos y costumbres que puedan degradar la vida de cualquier persona, incluidas las mujeres, no sean justificados ni sostenidos por el entramado cultural.

Dicho esto, quizá el primer paso para nuestras pastorales debe ser asumir la pregunta, tomar en serio que mujeres y hombres tenemos la misma dignidad y que hay muchos espacios pastorales donde esta evidencia, profundamente evangélica, no es verdad cotidiana.

2 Dar espacios y escuchar

“Abrazar el feminismo como cristiana me hizo sentirme sola en mi comunidad, tener que ir con un escudo contra los ataques de mi propia gente” (Olaya, 23 años).

“Piensan que somos locas y desquiciadas” (Laura, 25 años).

2.1 En el Concilio Vaticano II

Aceptar la pregunta es romper el silencio, silencio cómplice con una situación injusta. En la milenaria historia de la Iglesia tene-

mos que esperar al concilio Vaticano II para encontrar referencias eclesiales que acepten la pregunta. El capítulo 3 de *Apostolicam Actuositatem* señala que

«y como, en nuestros días, las mujeres tienen una participación mayor en toda la vida de la sociedad, es de mayor importancia su participación, igualmente creciente, en los diversos campos del apostolado de la Iglesia» (nº 9).

El Concilio rechazó la discriminación por causa del sexo (GS 29) y proclamó la igualdad de derechos en el trabajo (GS 29), la cultura (GS 60) y la familia (GS 49).

2.2 La dignidad de la mujer (1983)

Y es en 1983 (casi 200 años después del manifiesto de Olimpia de Gouges, icono del inicio de la pregunta feminista en la modernidad, en 1791) cuando se publica la encíclica *Mulieris dignitatem*. El título de la encíclica rechaza ya tradiciones eclesiales de enorme repercusión, como el Decreto de Graciano (s. XII), base del derecho canónico eclesial hasta el siglo XX, que afirmaba la inferioridad constitutiva de la mujer en afirmaciones como: “hay también un orden natural en los seres humanos, de modo que las mujeres sirvan a los varones y los hijos a los padres, porque no sería justo que el mayor sirva al menor” (can. 12).

La encíclica, sin embargo, a la vez que reconoce la igual dignidad entre mujeres y hombres en la Iglesia por el bautismo, asumiendo la exégesis bíblica de los relatos de creación propia de la exégesis feminista, sitúa la dignidad de las mujeres en su vocación “natural” a la maternidad y a la virginidad, obviando que la vocación al Reino no se tiene por la capacidad o no (o por la decisión o no) de tener hijos, pues no solo somos cuerpo, sino por la misión evangelizadora que nos otorga Cristo, lo que implica una vocación personal que va más allá de lo corporal, atravesada por las inteligencias, las voluntades, las habilidades y las opciones personales.

Por ello, para poder aceptar la pregunta sobre el feminismo, necesitamos dejar espacio a la escucha. Escuchar cómo nos sentimos las mujeres cristianas, a qué nos sentimos llamadas desde Dios, qué creemos que podemos aportar.

Hoy sigue siendo mayoritaria la presencia de las mujeres en las parroquias y otros lugares de Iglesia. Por ejemplo, el 80% de los religiosos son mujeres, por lo que algunos obispos ya han empezado a decir que, en los órganos de representación de la comunidad cristiana, la presencia de las mujeres debería estar en proporción a la realidad.

2.3 En el Documento final del último sínodo

En el sínodo sobre los jóvenes, de los 324 participantes (267 padres sinodales, 23 expertos y 34 jóvenes)¹ solo 35 eran mujeres (10 de ellas monjas). ¿Qué puede debatir una iglesia donde el 70% de sus participantes son mujeres en un foro donde están representadas en un 10%? El documento final sinodal², fruto de las reflexiones de los participantes, reconoce la ofensa a la dignidad humana que supone el dominio, la discriminación y exclusión por razón de sexo (n.13). Pero por otro lado se aceptan las diferencias entre hombres y mujeres sin ninguna reflexión crítica ni una mínima pregunta sobre sus causas. También se reconoce la evidente ausencia de las mujeres en la vida eclesial y la necesidad apremiante de un mayor reconocimiento, valoración y toma de responsabilidades y decisiones de las mujeres en la Iglesia, es decir que “haya una presencia femenina en los organismos eclesiales a todos los niveles, incluso en las funciones de responsabilidad” (n.55). Reconoce el empobrecimiento que supone su ausencia

y afirma que es necesario que “haya una participación femenina en los procesos de toma de decisiones eclesiales con respecto al papel del ministerio ordenado” (n.148).

Pues, hagámoslo verdad: si tenemos claro que nuestros procesos pastorales no son solo adquisición de ideas sino procesos integrales de crecimiento en la fe, no se puede obviar, de ninguna manera, que estos procesos partan de la escucha y del cuidado de todas y todos. No podemos asumir sin más la tentación a “invisibilizar” el problema, a situarlo en un segundo plano. No vale decir que en pastoral esto no pasa, porque hay muchas catecúmenas y muchas catequistas. Miremos los lugares donde se discuten los planes de pastoral, veamos si estas catequistas tienen voz, si deciden sobre los procesos. Miremos los planes pastorales, ¿abordan el tema de la igualdad y la coeducación? Al igual que abordamos la pobreza y el sufrimiento, abordemos el tema de la igualdad. Así pues, abordémoslo. ¿Cómo? Dejando hablar.

2.4 Dejar hablar

Escuchar y dejar hablar van juntos. Si no, no es una escucha activa. Que las mujeres y los hombres cuenten cómo se sienten en el tema, valoren por qué asumimos que nosotras corremos más peligro por las noches; por qué debemos cuidar más cómo nos vestimos; por qué nuestra imagen es más importante; por qué, según algunas fuentes, España multiplica por 10 el consumo de prostitución de países como Francia o Alemania (lo que significa la humillación de miles de mujeres que se ven corporalmente expuestas y utilizadas) y lo que dice de nuestra sociedad y de la construcción de nuestra masculinidad... y, además, ampliar nuestro punto de vista, a veces muy eurocéntrico, y hacerlo más “católico” (universal), teniendo en cuenta lo particular de otros lugares y culturas. ¿Por qué el 70% de los pobres de la tierra son mujeres? ¿Por qué el 67 % de horas

¹ 267 padres sinodales, 23 expertos, 49 auditores y oyentes, 34 jóvenes entre 18 y 29 años.

² <http://www.synod2018.va/content/synod2018/es/documentos/documento-final-del-sinodo-de-los-obispos-sobre-los-jovenes.pdf>

trabajadas son por mujeres y reciben el 10% de los beneficios totales? Es evidente la feminización de la pobreza y que nuestro compromiso con un mundo mejor pasa por tomar en serio la situación de las mujeres.

Además, esta actitud, la de dejar hablar, es el fruto lógico de construir, como nos insiste el Papa Francisco, una Iglesia sinodal. En efecto, como señala el reciente documento de la Comisión Teológica Internacional "*La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*"³, citando al Papa: "El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio". Y "sínodo" significa, etimológicamente, "caminar juntos".

2.5 Caminar juntos

Esa es la clave: caminar juntos implica escucharnos, incluyendo a las mujeres, que puedan decir a los hombres las cosas que duelen, las pequeñas (y grandes) marginalidades que sienten, lo que se sienten capaces de vivir y de hacer, lo que sienten que pueden proponer. Claro que no es tan fácil: cuando lo interiorizado es el silencio y la sumisión, lo único que sale es silencio y sumisión. Es lógico que algunas no se atrevan a hablar. Quizá va a ser la primera vez que alguien les pide opinión y no saben cómo hacerlo. Es posible rescatar y acompañar la palabra. Tendrán que ver de qué forma lo hacen.

De hecho, es imprescindible que aprendan sin decirles lo que hacer. Debemos dejar a un lado los paternalismos machistas que frecuentemente se dan en la Iglesia. Un ejemplo: escuchamos una vez a un líder laical decir en un congreso de laicas y laicos: "¡Qué bueno es ser laico! Otros nos dicen lo que hay que hacer y ya no hay que preocuparse". Si hemos

llegado a este punto, tenemos un auténtico problema para ser de verdad Iglesia sinodal.

"Caminar juntos es el camino constitutivo de la Iglesia; la figura que nos permite interpretar la realidad con los ojos y el corazón de Dios; la condición para seguir al Señor Jesús y ser siervos de la vida en este tiempo herido.

Respiración y paso sinodal revelan lo que somos y el dinamismo de comunión que anima nuestras decisiones. Solo en este horizonte podemos renovar realmente nuestra pastoral y adecuarla a la misión de la Iglesia en el mundo de hoy, solo así podemos afrontar la complejidad de este tiempo, agradecidos por el camino recorrido y decididos a continuarlo con *parresía*" (significa: *decirlo todo*") (palabras finales del documento "*La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*").

Ser sinodal es nuestra llamada eclesial; caminar juntos es nuestra forma de ser; escuchar a este tiempo herido, a las heridas y despreciadas; continuar el camino con *parresía*... No estamos hablando de hacer más cosas. Estamos hablando de convertir el corazón de la vida eclesial a otra forma de ser más evangélica, desde y para la Iglesia.

3 Cuidar, ser sensible... valores de Reino para todos

"Necesitamos una revolución de la ternura" (María Isabel, 31 años).

"Desde el evangelio, proponer una masculinidad alternativa, que sepa querer" (Raquel, 27 años).

¿Qué podemos aportar las mujeres? Lo primero, ayudar a tomar conciencia de qué significa acoger al otro.

3.1 Cultura de los cuidados

Los roles para el cuidado que nos han impuestas a las mujeres las sociedades patriarcales los

³ Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*. 2 marzo 2018, recuperado de http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_20180302_sinodalita_sp.html



podemos aportar a la pastoral, pues son valores en los que todos y todas nos podríamos reconocer. Y que, de hecho, reconocemos en las palabras y formas de Jesús. La gran aportación de la tradición femenina a la Iglesia y la pastoral es descubrir al varón una riqueza que le ha sido muchas veces hurtada y es, por tanto, una invitación a releer su masculinidad; esto es, una invitación del Espíritu, a aceptar, cada día más, el evangelio de Jesús.

Al hablar lo que la mujer puede aportar como específico a la Iglesia, se suele aludir a la capacidad de cuidado. Y es verdad. Frente al varón, educado para el espacio público y de creación y transformación, la mujer se solía definir como la cuidadora de la casa, de los hijos, de los padres ancianos... Y estos roles se asumían (y se asumen) en la sociedad plural: hay muchísimas más mujeres en trabajos de cuidado (enfermería, magisterio infantil...) que en trabajos de transformación; y, por el contrario, muy pocos varones se ven en esos mismos trabajos.

Lo interesante es que, al mirar, todas y todos, a Jesús, vemos comportamientos que todas y todas deberíamos imitar: lavar los pies no solo es cuestión de siervos, sino muy específicamente de siervas. Ahí lo vemos. Como en la parábola del samaritano, en la que se para, se abaja y le cura las heridas. Su protagonista es un varón y a nadie se le ocurre que su compasión sea solo propia de los varones, sino que es una propuesta de vida para toda persona. ¿Por qué luego solo se adjudica a las mujeres?

¿Cuidar es un valor que pueden aportar las mujeres a la Iglesia? Por supuesto, pero no para seguir sirviendo y obedeciendo, sino para convertir la vida de todos y todas al cuidado. La masculinidad cristiana implica asumir, con toda alegría, la riqueza que significa para los varones cuidar.

3.2 Cultivar la sensibilidad

De igual manera, la sensibilidad, entendida como la capacidad de sentir emociones, de empatizar con la de los demás y de asu-

mirlas y hablar de ellas, es un valor evangélico básico. Llorar, como Jesús ante Lázaro, no pocas veces ha sido excluido del ideal de masculinidad.

De igual forma, los varones aportan a la iglesia rasgos que les han sido adjudicados y que todos y todas podemos sentir como nuestros: la capacidad de tomar decisiones, de liderar, de enseñar... De hecho, este mismo debate se vive en las primeras comunidades cristianas: ¿cuál es el puesto de las mujeres? Y el evangelio de Lucas lo deja muy, muy claro. En Lc 10,38-42, en el episodio de Marta y María, Marta, ocupada en sus quehaceres, quiere que María, “sentada a los pies del maestro” (como Pablo en Hch 22,3 a los pies de Gamaliel) deje el lugar que ha elegido para volver al lugar social que Marta cree “que le corresponde”. Pues la respuesta es clara: el lugar que, desde su conciencia y capacidad, María ha elegido “no le será quitado”. Porque en el Reino, como decía Pablo en Gálatas 3,28 “ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”.

Esto, de nuevo, nos remite al concepto de sinodalidad, nuestro tiempo es un auténtico *kairós* para la Iglesia, un momento de oportunidad del Espíritu, que nos llama a recuperar, hombres y mujeres, riquezas que nos habían sido arrebatadas. Y, con ellas, respondiendo a lo que Dios nos dio, más allá de géneros sociales, sino atendiendo a nuestra personalidad y vocación, podemos multiplicar los talentos que cada uno tiene, sin tener que enterrarlos en la tierra por miedo a no ser lo que los demás me dicen que tengo que ser.

4 Todas y todos en camino de conversión

“Debemos revisar nuestra propia vida, normalizar la igualdad” (Maitane, 25 años).

“Papá, ¿qué vamos a comer hoy? Con ello intento implicar a mi padre” (Raquel, 27 años).

4.1 Convertir el corazón

Entonces ¿cómo nos toca todo esto a la pastoral juvenil? Pues haciendo como el Maestro, incorporando a mujeres y hombres al camino de seguimiento. Hoy nadie duda de que Jesús las incluye en el grupo de seguidores, que son auténticas discípulas, aunque no se adjudique a ellas ese nombre. Sus nombres eran conocidos por la primera comunidad, tanto los de las discípulas itinerantes (Lc 8,1-3) como el de las que seguían residiendo en sus casas, como las citadas Marta y María. Lucas pone en boca de una mujer, María de Nazaret, imagen de las mujeres que cantan la liberación en el AT, el grito de Dios que ensalza a los humildes y humilla a los poderosos.

Juan deposita en una de ellas, Marta, la proclamación de la mesianidad de Jesús (Jn 11,27), como Marcos en Pedro (Mc 8,29), haciéndose eco de una doble dinámica, la de la palabra compartida (mujeres y hombres), de base histórica, que es ejemplo vivo para nuestra praxis pastoral en este tema.

Las primeras que asumen el Reino en plenitud (capaces de ver al crucificado vivo y vivo para siempre), son el grupo de mujeres liderado por María Magdalena (Mc 16,1-7). Todos los textos coinciden, y hasta Juan sintetiza en la persona de la Magdalena al grupo. Pero la experiencia, en una sociedad patriarcal, puede perderse, no escucharse, no contagiarse y quedar despreciada, etiquetándola como “cosas de mujeres”. Pedro, en Lucas, rompe el círculo del silencio, escucha a las mujeres y, así, él también se hace capaz de ver (Lc 24,12).

Este es, pues, un momento muy interesante para nosotros, en el que el Espíritu nos llama a profundizar las relaciones fraternas y sororales nacidas del seguimiento de Jesús. Todos y todas estamos llamados a rezar la misma oración, juntos: *Padrenuestro*. Por eso, desde esa experiencia fraterna, las mujeres somos compañeras de camino, reconocidas en nuestra

propia capacidad, aportando cada una y cada uno desde sus propios dones. No necesitamos ser aplaudidas, ni necesitamos ser protegidas, ni colocadas en un altar. No necesitamos sonrisas displicentes ni cuidados especiales. Necesitamos lo que todo seguidor de Jesús: ser tratadas sororal y fraternalmente.

Por ello, en la pastoral no se deben obviar las experiencias evangélicas en las que Jesús empodera a las mujeres: la sirofenicia que quiere sentirse persona siendo mujer, viuda y extranjera (Mc 7,24-30); la samaritana, impura y pecadora, que se transforma al beber del agua sin fin y se convierte en apóstol (Jn 4,28-30). Debemos recuperar estas experiencias, como el recuerdo de María Magdalena, que puede (y debe) ser liberada de la tradición de pecadora sexual arrepenida y ser reconocida como lo que la Iglesia la proclama: apóstol de los apóstoles.

Así, la pastoral juvenil debe hacerse eco de este kairós, tomar en serio la pregunta e incluir en nuestros procesos de conversión al Reino (de iniciación cristiana) la dimensión de conversión a la igualdad de género. Necesitamos modelos de mujeres empoderadas que inspiren la vida de los catecúmenos; mujeres y varones, como los personajes del evangelio, que se atreven a mirar más allá de las convenciones sociales e intervenir en el mundo dañado por las separaciones y prohibiciones. No se trata de una reivindicación partidista de ningún tipo, sino por fidelidad al Evangelio y a la Tradición (con mayúscula), que hablan de liberación y ensalzamiento de los humillados(as).

Así, normalizamos en pastoral, y con toda suavidad, que cuidar unos de otros es lo suyo, que todos somos responsables de la cena, de los niños, de la compra, de decidir, de enseñar, de abrazar, de llorar... de empoderarnos juntos.

Y es que empoderar no es dar el poder a las mujeres. Es educar en la capacidad de tomar

las riendas de la vida de forma autónoma, sin esperar que otros me digan qué tengo que hacer. La comunidad cristiana, el párroco o los miembros influyentes de la comunidad no están ahí para decir a las mujeres lo que tienen que hacer. La responsabilidad de la comunidad es acompañar a la persona, mujer u hombre, para que sea libre y tome decisiones desde la confianza en Jesús. Es urgente que las pastorales eduquen en el discernimiento, la autoestima y la autonomía. Y esto produzca una toma de decisiones compartidas dentro de la comunidad donde la voz y experiencia de las mujeres también cuente.

4.2 *Incluirlo en nuestro camino profético*

Junto a ello, también podemos incluir la lucha por la igualdad y seguridad de las mujeres explícitamente en nuestro compromiso por construir un mundo mejor, más justo y más humano.

En efecto, no podemos dejar de constatar que estamos inmersos en una cultura que normaliza la violencia contra el cuerpo de las mujeres, que las cosifica como objetos de uso para el deseo sexual del varón. Esta terrible deshumanización se concreta en historias terroríficas de mujeres vendidas en África, Asia o Europa de Este para ser transportadas como ganado, violadas sistemáticamente y expuestas a la muerte en pateras y camiones para ser vendidas como cuerpos en la práctica aberrante de la prostitución. Las cifras de varones españoles que acuden como consumidores a ese negocio es indignante y, como señalan todos los expertos: mientras haya demanda, habrá redes de tráfico y distribución.

Nuestro compromiso profético, nacido de nuestra consagración bautismal, acoge el grito de la Tierra maltratada y descubre, en nuestro compromiso con los excluidos de la tierra, que el rostro de la pobreza no es nuestro, y que, como ya hemos indicado, es rostro de mujer.

Educación en la fe es construir un mundo donde no se da por hecho que la mujer debe vivir mayor inseguridad por las noches; que debe cuidar cómo quiere vestir, no sea que les pase algo. Una sociedad que se compromete, pese a algunas voces, a no aceptar que las cifras de violencia sean brutalmente desequilibradas hacia las mujeres. Eso no es violencia familiar, eso es violencia nacida de una masculinidad machista inaceptable. Nos comentaba una amiga abogada cómo, en un juicio reciente, un asesino de su mujer, en el alegato final, subrayaba que la culpa del asesinato la tenía ella, por querer dejarle. Ya está bien. Esta evidente exclusión no puede ser silenciada, sino que es objetivo de nuestro trabajo por la justicia, por un mundo mejor. Empoderar a las mujeres para que sepan ser protagonistas de su propia historia es también tarea de la pastoral. Todas estas cuestiones no son prescindibles en una pastoral sana y equilibrada. Son absolutamente necesarias si queremos cristianos y cristianas proféticas que intervengan en sus ámbitos sociales con decisión, con la fuerza del Espíritu.

Asumir la causa de las mujeres es proponer a los y las jóvenes modelos comunitarios cristianos que viven la vida soro-fraterna descubriendo al otro como compañera y compañero de camino, porque compañera o compañero es quien comparte “el pan” (la vida) con otra persona, le hace vivir y no le deja morir (Lc 10,25-37). Los cristianos y cristianas no dejamos morir a las mujeres en su dolor y sufrimiento. Nos reconciliamos con la vida para defenderla de la amenaza, del abuso y, sobre todo, de la impunidad que nace de silenciar la muerte.

5 No volver a caer en la trampa, no volver a perder el tren

“Con una feminista en cada familia extenderíamos el movimiento” (Olaya, 23 años).

“Necesitamos mujeres referentes y comunidades donde vivir juntos el camino” (Raquel, 27 años).

Hablemos, pues, con toda naturalidad, de cristianismo y feminismo. El feminismo ha sido la revolución más importante del siglo pasado. En 120 años las mujeres hemos pasado de no salir de casa a viajar solas, de no tener propiedades a gestionar nuestros propios bienes, de “ser casadas” a elegir libremente a la persona que amamos, de ser apedreadas en la calle por no llevar sombrero⁴ a cortarse el pelo y teñírselo a libre elección. La revolución de las mujeres ha sido pausada, sin abandonar otras labores como el cuidado de los hijos e hijas y de los mayores. Asumiendo dobles y triples cargas laborales y familiares.

Y es una revolución sin culminar. Puede que una reacción posible en muchas mujeres sea la de “yo estoy bien, no me siento discriminada”. Pero no es una respuesta cristiana. Igual que el niño Aylán conmueve mi corazón, porque era mi hermano pequeño, asesinado por la violencia y el silencio, las mujeres saudíes encarceladas por un régimen tiránico que quiere lavar su cara con suaves reformas, tocan nuestra vida. No podemos caer en el modelo burgués y desatendernos de nuestro prójimo. La lucha por la justicia y la igualdad no ha acabado en absoluto aunque tú estés bien (si es que de verdad lo estás).

Es evidente que tanto en el cristianismo como en el feminismo ha habido desviaciones, deformaciones y extralimitaciones. Algunas de las caras del feminismo, quizá las más conocidas, minusvaloran constantemente la fuerza del hecho religioso en general y del cristianismo en particular, e incluso lo declara enemigo de las mujeres y lo combaten. También sucedió así con algunos de los

⁴ Recuerdo así la anécdota de la artista Maruja Mallo cuando con Margarita Manso paseó sin sombrero como reivindicación femenina por la Puerta del Sol de Madrid en 1927: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/imprescindibles/imprescindibles-sin-sombrero/3318136/>

movimientos obreros nacientes, o con los inicios de los sistemas parlamentarios. Son prejuicios nefastos, injustos y dolorosos, que alejan a muchos cristianos de buena fe de todo el movimiento feminista.

Pero no podemos dejar, como nos sucedió con el sistema democrático y con la justicia social, que la beligerancia de algunas nos quiten lo que es, de hecho, profundamente nuestro. De hecho, es bueno recordar que el feminismo surgió porque algunas mujeres que tuvieron acceso a la cultura, leyeron la Biblia y se dieron cuenta de que la Escritura las liberaba de la opresión (Mary Astell o Margaret de Cavendish, por ejemplo). El feminismo “ofrece al cristianismo la oportunidad de ser verdadero cristianismo, quitando la desigualdad y creando equidad” dice la benedictina Joan Chittister en su libro *Ser mujer en la Iglesia*. Humanización y justicia van de la mano. Equidad y empoderamiento son herramientas propias del cristianismo y del feminismo. Cuidado y hermanamiento también. Cuando descuidamos estas herramientas que fortalecen el cambio social, entonces estamos ante un feminismo en el que no nos reconocemos y ante un cristianismo en el que tampoco nos reconocemos.

Así, necesitamos referentes sencillos y reconocidos eclesialmente de nuestro feminismo, mujeres cristianas con discurso claro y compromiso evidente, que sean semilla de muchas otras que sienten que no quedan rotas ante la constatación de una injusticia y el silencio de su fe y su comunidad. Y varones referentes, que asumen con toda naturalidad la causa de las mujeres, que releen su masculinidad desde la fraternidad y abrazan con claridad el desafío de la exclusión de las mujeres como parte de su compromiso con un mundo mejor. Aprendamos de la historia y no perdamos otra vez el tren del cambio hacia un mundo mejor.

Por eso, con decía Raquel, nuestra vida diaria puede ir extendiendo la conciencia, en nuestra comunidad eclesial, tantas veces temerosa y a la defensiva en este tema, de que esta es nuestra lucha y nuestro compromiso. Podemos aprovechar, de hecho debemos aprovechar la ocasión para agrietar, al menos, la tenebrosa alianza entre movimientos reaccionarios a la justicia y la igualdad y la comunidad cristiana católica, que tanto daño ha hecho al Evangelio.

6 Es urgente responder, es urgente una pastoral que incluye la igualdad

Las mujeres jóvenes se preguntan en el siglo XXI quiénes son, qué desean, qué pueden aportar a la construcción de una justicia más humana y universal. María Isabel, Raquel, Laura, Maitane, Lucía, Olaya, Alba... las mujeres que han dado voz a este artículo, en medio de las tareas cotidianas y de las luchas reivindicativas, quieren vivir la igualdad que sienten con la pareja, en el trabajo, en la vida diaria, en los espacios públicos y en los privados. Y quieren tender puentes para que hombres y mujeres puedan encontrarse y establecer nuevas relaciones para construir un futuro común de justicia y libertad. Quieren vivir el ideal feminista.

Sin embargo, cuando miran a la Iglesia como institución, lo que reciben mayoritariamente es silencio o incompreensión. Muchas mujeres jóvenes dejan de participar en la comunidad cristiana porque ésta no da respuestas a su situación ni a sus problemáticas. No se habla nunca de ellas, ni encuentran espacios para expresarse ni participar. Solo se les propone que hagan lo que les diga un varón célibe, en nombre de un dios varón (¡como si Dios tuviera sexo!).

Las que permanecen, pese a todo, se preguntan hasta qué punto importan para la

comunidad. El modelo de María, el principal modelo femenino, se centra en el silencio y la sumisión, obviando su camino de seguimiento, su “sí” que se convierte en camino constante, su ser imagen de los pobres de Yahvé que clama a Dios “no tienen vino”, su alegría por la salvación de Dios a los pobres y humillados.

¿Y qué dicen las pastorales de estas cuestiones? ¿Solo silencio?

¿Hablamos con ellas de su situación laboral precaria? ¿De que no encuentra trabajo porque está en edad de tener hijos? ¿De que la pareja no quiere compartir los trabajos de la casa y los hijos? ¿De que las expectativas que hay sobre ellas –ser buena madre, buena trabajadora, buena mujer, buena ama de casa– son imposibles de cumplir sin morir en el intento? ¿De que no hay manera de conciliar la vida laboral y familiar? ¿O las culpabilizamos porque además deben cumplir con la vida parroquial y pastoral?

Escuchar, dejar hablar, tomar conciencia de lo que hay que sanar... hacer como Jesús y dejar que salgan los demonios... Ésta debe ser una de las revisiones que debemos hacer en la pastoral. Sanar, convertir el corazón al Dios que clama en sus corazones y repensar qué papel tiene la educación en la igualdad y en la transmisión de la fe. Si somos hijas e hijos de Dios en la misma dignidad, la igualdad y la equidad son dos conceptos básicos que se deben poner en práctica en nuestros procesos pastorales.

La sororidad es un recurso feminista que busca el apoyo, el sostenimiento de la otra persona por medio del cuidado y el compartir la vida. Así dicho, suena a Evangelio, a hacer comunidad. Lo que buscan las mujeres jóvenes en la Iglesia es ser verdaderamente comunidad cristiana, no un miembro mudo, sin voto, sin palabra y sin acción. Quieren participar con todas sus consecuencias. La pastoral debe propi-

ciar estas experiencias de participación cristiana. Con ello también está contribuyendo en la renovación de la Iglesia, una Iglesia de verdad circular y sinodal, donde la aportación de las mujeres refresca y restituye las dinámicas inclusivas y proféticas como centro de la acción creyente. La presencia de las mujeres jóvenes en la Iglesia es motor de cambio eclesial. Con ellas nos jugamos una Iglesia que sea capaz de leer los signos de los tiempos en el siglo XXI.

7 Propuestas para incluir el feminismo en nuestra conversión pastoral

Resumiendo, es importante tener en cuenta:

7.1 Asumir la pregunta

Es lo más evidente, pero también es quizá lo más complejo. Superar el rechazo a la cuestión feminista con desprecio, minusvalorarlo como una moda más o evitar la cuestión desde una teórica (e inexistente) “neutralidad” son el problema básico. Como hemos dicho, no pocas acciones en el nombre del feminismo no ayudan en absoluto a superar este bloqueo inicial, pero no podemos volver a perder el tren. No puede ser que volvamos a asustarnos, personas creyentes, por los excesos del cambio. Ya lo hemos hecho demasiadas veces en la historia y no nos ha sabido a Reino de Dios.

Escuchar es un desafío. Acoger la pregunta. Y empezar a asumirla como propia. Todos estamos llamados a ser feministas porque es una llamada del Espíritu, es un kairós que nos invita a la alegría de la conversión. Por supuesto que hay que discernir muchas cosas, claro que no todo es válido para nosotros... pero eso no invalida la pregunta.

7.2 Dar espacios y escuchar

Si hay pregunta, hay espacio para la respuesta. Nuestro espacio pastoral, espacio profético

por excelencia, está llamado a ser espacio de sinodalidad, de “caminar juntos”, de pregunta y escucha de la respuesta. Caminamos “con” los jóvenes, no los dirigimos como muñecos. Revisamos nuestras estructuras pastorales para comprobar si hay espacio de hablar, de hecho, si estamos acostumbrados a hablar y escuchar, si la *parresía* es nuestra forma de ser, desde la valentía y humildad del ser hijos e hijas de Dios. Nuestras hermanas mayores aceptaron, por amor cristiano, muchas sumisiones. Merecen que las tomemos en serio, que nos apoyemos en su sabiduría real acumulada. Si no queremos perderlas, necesitamos preguntar a las mujeres jóvenes qué buscan y qué necesitan. Su forma de relacionarse con su cuerpo, su psicología, sus relaciones, comportamientos y decisiones han cambiado. Si queremos atenderlas y acompañarlas necesitamos escucharlas, incluirlas con naturalidad en la participación en todos los niveles. O las perderemos. Y, si después de los intelectuales y los obreros, perdemos a las únicas que nos sostenían, ¿qué nos va a quedar para perder?

7.3 ¿Qué aporta la mujer? Conversión de todos a los valores del Reino

Todos, varones y mujeres, tenemos la misma llamada al Reino, a cristificarnos. Y, por ello, los valores que aportamos las mujeres desde los roles a los que una sociedad patriarcal nos ha recludo, son los valores de todos. No queremos ni aplausos ni reconocimiento ni palmaditas. Queremos lo que quiere Dios: que todos descubramos la alegría de cuidar, que todos nos liberemos de los estereotipos que me impedían vivir y demos a la comunidad y a la sociedad todos los dones que hemos recibido, más allá de nuestro género: liderar, enseñar, dirigir, cuidar, acompañar... son talentos repartidos por Dios que debemos hacer fructificar cada uno.

7.4 Camino de conversión

Todos y todas estamos en camino de conversión de nuestro corazón:

- a la fraternidad del Reino, que acepta la mayoría de edad de las mujeres, mis hermanas, sin reducir las a niñas o a incapaces; y, desde él,
- al respetar y animar el empoderamiento de las mujeres, que se niegan, en nombre de Jesús (que levantó a la hemorroísa y le dijo a la hija de Jairo “levántate y anda”) a asumir una situación de minusvaloración por el hecho de ser mujer.

La lucha contra la explotación de la mujer es parte de nuestra denuncia profética de los mecanismos de muerte y anuncio de otro mundo más justo y más humano.

7.5 No podemos perder este tren

No es un tema más, no es una moda, es una oportunidad única para no perder el tren otra vez en la historia. Es verdad que no nos reconocemos en algunas actuaciones de algunos colectivos. Pero no puede ser que, de nuevo, los excesos de la llegada de los regímenes democráticos sean nuestra excusa para situarnos al margen de lo que de Espíritu había en ellos, y lo reconozcamos uno o dos siglos después del inicio del camino. Ya llegamos tarde, la hora es ahora.

La pastoral puede ser camino de liberación, espacio de creación de nueva sinodalidad y transformación de estructuras eclesiales empobrecidas en comunidades igualitarias. Nos jugamos en ello la supervivencia del proyecto de Jesucristo. Nos jugamos el ser, de verdad, Sacramento de Salvación, signo visible y eficaz de Dios, para la humanidad. No podemos esperar. Es ahora. Es la hora.

SILVIA MARTÍNEZ CANO

JOSÉ MARÍA PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL